



## LA ESCENA VACIA

**L**OS cómicos! "Duermen vestidos, caminan desnudos, comen hambrientos y espúlganse el verano entre los trigos y en el invierno no sienten, con el frío, los bichos". Los cómicos... "Duermen en el suelo, beben un trago de vino, representan en cualquier cortijo y traen siempre los brazos curados, porque jamás cae una capa sobre sus hombros". Lo contaba el poeta pícaro Rojas Villanraño en su "Viaje entretenido" (1611). Los cómicos fueron víctimas de una sociedad cruel y ruda. Creo que ahora es la primera vez que los cómicos piden cuentas a la sociedad en toda su historia. Ciertamente que la sociedad ya es benévola con ellos. Ya sólo les obliga a dar dos funciones diarias, a ensayar al mismo tiempo —sin cobrar—, a correr después de la última función a un café-teatro para hacer un papelillo, a levantarse pronto para una toma de cine y a dispararse después para grabar en la televisión algún programa. A cambio de ello, ya les entierra en sagrado, no les obliga a acampar a una legua de las ciudades —¡cómicos de la legua!— y cuenta sus amores y sus intimidades en las revistas del corazón. Han pasado de ser un "lumpenproletariat" de la Edad Media —"avant la lettre"— a ser hombres y mujeres objeto, a los que las damas cuentan las arrugas en la función de tarde, y hacen con los dedos cuentas fabulosas de sus años, de sus aventuras, de sus amores. Que se hayan convertido en clase (o que hayan conseguido, al fin, integrarse en una clase) es algo importante.

Deben ver los cómicos ya que la mojiganga está fuera del teatro, que la ficción es la de los otros; deben ver quiénes son los histriones y quiénes cambian la vida, que ellos nunca la cambiaron. El gran teatro español, que no fue el de los atrios de las iglesias, el de los símbolos y el conformismo, sino el que ponía su espejo —con el azogue descascarillado— a lo largo de los caminos, nunca confundió la vida.

*Sabía ya que había que romper el sueño de riqueza que podían despertar en unos pobres campesinos las ventas de unas aceitunas todavía no plantadas. Quizá por eso fueron empujados siempre por los alguaciles a los caminos de salida de los pueblos.*

La huelga de los cómicos pone un paradójico punto de realismo en un mundo de fantasmagorías y linternas mágicas. Quizá no sea tan importante, o tan grave, o tan profunda, o tan motivada, o tan discolor, como las de otros sectores sociales en estos días. Quizá la sociedad no alcance a comprender bien sus viejos y sus nuevos motivos. Pero los actores están representando por primera vez el papel de ellos mismos, el papel de una clase humillada, y ofendida, y burlada, y frivolidada, que en un momento determinado dice "¡Basta!". Y quizá la sociedad vea más esta angustia que estalla que otras angustias que se tratan de invisibilizar, o les sirva este no espectáculo para lo que siempre ha servido el teatro: para comprender otros cotidianos, otros al alcance de sus ojos que no pueden apreciar si no tienen un reactivo. Para eso, sí, sirvió y trató de servir siempre el teatro y por eso, no sólo por una crueldad de la sociedad, ha tenido siempre tantos poderes, tantas represiones encima.

El actor que explicaba en cada teatro de Madrid, en la tarde del martes, que la función no se iba a dar, estaba explicando clara y directamente la función del teatro. Estaba representando su papel al mismo tiempo que estaba siendo él mismo. Un momento trascendental para una profesión y para una sociedad. ■

**POZUELO**



# LA HUELGA DE LOS ACTORES

ENTRE LA REALIDAD Y LA LEGALIDAD

Diego Galán

**E**L espectáculo era para muchos sorprendente: Cientos y cientos de actores reunidos en plena calle o repartidos por bares próximos, que hablaban, discutían, que subían y bajaban las escaleras de un edificio en pleno centro de Madrid. Los transeúntes miraban atónitos y trataban de identificar rápidamente la insólita cantidad de rostros conocidos a través del technicolor y que ahora se ofrecían ante sus ojos en la más humana, real y problemática imagen del blanco y negro.

Algunas personas se acercaban para dar ánimos con la disculpa del autógrafo, o espontáneamente. Algún otro se acercaba a preguntar: «¿Y esto de ustedes, quién lo tiene que resolver?».

El paro de los actores de teatro ha sido, sin duda, una de las más espectaculares noticias de la semana. Y más aún lo ha sido el seguir paso a paso el desarrollo de estos siete días, con sus noticias imprevistas, sus contradicciones y sus dificultades... Acabe como acabe el conflicto planteado, esta semana ha supuesto una prueba de la capacidad de solidaridad de un grupo social, mitificado y distorsionado por la publicidad, y que ahora se nos ha ofrecido en la natural y descarnada perspectiva del neorealismo.

Todo había empezado por la necesidad de firmar un convenio colectivo con los empresarios de teatro. Los vocales sindicales que representaban a los actores no fueron aceptados por éstos, que consideraban no eran adecuados para defender sus intereses. Y así, Antonio Casas, Jesús Puente, Julio Ruiz Tejeda, Luis

la Sala, José Sacristán, Rafael Guerrero, Alfredo Landa, Antonio Pérez Pellón, Tomás Álvarez y Julia Tejada fueron discutidos en asamblea legal bajo la presidencia de don Jaime Capmany, presidente del Sindicato Nacional del Espectáculo. En su lugar, los actores se pronunciaron por el nombramiento de sus once representantes (Lola Gaos, Luis Prendes, José María Rodero, Jaime Blanch, Gloria Berrocal, Juan Margallo, Vicente Cuesta, José María Escuer, Alberto Alonso, Pedro del Río y Jesús Sastre), que, por su información y su interés, podían servir mejor a las reivindicaciones solicitadas en el convenio. Esta «comisión de los once» ejerció como portavoz de los actores en las asambleas siguientes, e incluso llegó a firmar el conflicto colectivo. No obstante, cuando todo parecía aclarado y el diálogo con los empresarios iba a comenzar, a través del Sindicato se anunció que los únicos que podrían votar en la discusión del convenio serían los vocales sindicales auténticos, aunque éstos fueran rechazados por la asamblea. Se planteaba una estricta cuestión legal, capaz por sí sola de comprometer el resultado de los esfuerzos aunados hasta entonces. En suma, una disyuntiva entre la realidad y la legalidad, como más tarde matizarían los productores cinematográficos en el momento en que intervinieron en el conflicto.

Reclamando su derecho a ser representados por los «once», los actores decidieron ir al paro. Y así, la noche del martes 4 se cerraban los teatros madrileños. Algunos de ellos habían abierto ya sus puertas ▶

